

“Gauchos judíos” y xenofobia

Por David VIÑAS

¡Cantad, judíos de la Pampa!
Mocetones de ruda estampa,
dulces Rebecas de ojos francos,
Rubenes de largas guedejas,
patriarcas de cabellos blancos
y espesos como hípicas crines;
cantad, cantad, Saras viejas
y adolescentes Benjamines,
con voz de vuestro corazón:
¡Hemos encontrado a Sión!
—RUBÉN DARÍO *Canto a la Argentina*.

Amiga mía soy judío y soy cristiano.
—A. GERCHUNOFF, *Los amores de Baruj Spinoza*.

1910 aporta dos signos fundamentales a la Argentina oficial: es a la vez el año de los homenajes celebratorios del centenario de la Revolución de Mayo y el de la culminación del optimismo nacional fundado en una suerte de progresismo mecánico. Los postulados de Alberdi, planteados en el siglo anterior y que habían servido de fundamentos teóricos a un país gobernado por la alta burguesía liberal, parecían haber logrado su concreción. En 1910 la Argentina imaginada en 1852 y en 1880 estaba allí, frente a los ojos de todos, igual a un toro rotundo y brillante exhibido en una exposición rural. Y como todo determinismo es tranquilizador, homenajes y optimismo se proyectaron más que nunca sobre un futuro al que en ese momento se sentía como “una cosa casi presente y tangible, como una seguridad con la que se contaba y sobre la que se vivía”.¹ El liberalismo alberdiano alcanzaba su apogeo. En ningún otro momento el país tuvo la sensación de creer más en sí mismo y “las festividades del Centenario de la Revolución despertaron, en todas partes, una exaltación enfermiza de las cosas del terruño”.² Al repasar lo que se escribió en esa época se tiene la sensación de asistir a una melancólica puja por ver quién ensalza mayores realizaciones en el presente, quién pronostica mejores esplendores futuros o, bien, quién es capaz de escudriñar el pasado descubriendo más importantes aciertos o valores personales más auténticos y ejemplares. La lista es larga, pero el “signo común es la confianza en nuestra predestinación a la grandeza”³ y el tono de euforia es parejo y sistemáticamente confirma al que desciende desde el gobierno: “Como lógico corolario de esta perspectiva de prosperidad y progreso, en la que predomina un criterio de previsión por sobre las idealidades del anhelo patriótico —decía el presidente Figueroa Alcorta el 19 de marzo de ese año— veo la Nación en la culminación de su evolución total, fuerte y grande por su poder y civilización, en marcha hacia el ideal de sus destinos históricos”.⁴ Dentro de esa perspectiva general la creencia en un país como “crisol de razas” era una constante decisiva y a las delegaciones extranjeras enviadas especialmente para asistir a las conmemoraciones oficiales se las vio como un símbolo de “la eficiente colaboración” que convergiendo “de todos los rumbos, como aporte mundial de engrandecimiento se incorporaba a la acción afanosa de la nación”. Ésa era la consigna en 1910: “abrir nuestros brazos a los hombres de todos los países que quieran trabajar con nosotros”.⁵ “Todos los hombres del mundo” de la invocación constituyente se había convertido en un lugar común de la retórica de escultores (monumento a los españoles, monumento de los franceses) y oradores. E imágenes bucólicas de “paz y armonía”, “trabajo y justicia” aparecieron a cada rato en la prosa oficial: “Vivimos en la paz del trabajo, labrando nuestro surco, que es surco de progreso.”⁶ No se tenían dudas: siempre se había salido adelante, se iba hacia adelante, y eso seguiría, y mantener lo que se había alcanzado era lo que “el país sólo requiere para proseguir la marcha triunfal de su evolución”.⁷ Los directores de la Argentina de 1910 eran agnósticos; si no, hubieran afirmado que Dios estaba con ellos. De cualquier manera, se conformaban asegurando que era “un buen criollo” mientras cultivaban un tono oficial que no sufría cortes: concluía su mandato un presidente que invocaba la “paz y la prosperidad de que disfruta el país”⁸ y llegaba uno nuevo declarando recibir las insignias del cargo “bajo los auspicios de la paz” y “en plena tranquilidad”.⁹ El coro es unánime. “Rija nuestra conducta, en las jornadas de paz, el ¡excelsior! arrogante y estimulador” propone el orador más prestigioso de la época;¹⁰ y al novelista español más famoso y más vendido, Vicente Blasco Ibáñez, se le encarga un libro que divulgue las grandezas

argentinas.¹¹ En los sectores más visibles de la inteligencia, la reacción fue semejante: actuando como oficialismo intelectual, próximos y coincidentes con los directores políticos, los escritores se colocaron a la zaga de la alta burguesía liberal y los poetas participaron en un concurso oficial para elegir un himno al Centenario: Calixto Oyuela rimó “lampos” con “campos” logrando que la paz virtiera “su blanco albor” mientras inscribía “en su bandera: Verdad, Justicia, Amor”; Rafael Obligado propuso que los argentinos bendijeran “el astro esplendente”, “porque estamos sus hijos en paz”; Martín Coronado también estuvo de acuerdo en que la Argentina es una “bandera de paz”; Horacio F. Rodríguez estimó que el sol “difunde paz” sobre “la pampa ubérrima”; la única mujer participante, Mercedes Pujato Crespo, alzó “un emblema grandioso: la unión” y, finalmente, Manuel Gálvez optó —dentro de las consabidas invariantes de paz y fraternidad— por cantar a “la raza latina” y al “País de agricultores”.¹² La adhesión de los historiadores, por su parte, tuvo como finalidad acumular certezas y ratificaciones en el presente: se tenía un idioma distinto y propio según lo probaban Tobías Garzón y Lisandro Segovia con sus diccionarios de argentinismos; el pasado educacional merecía ser relevado y enaltecido en los varios tomos de Juan P. Ramos,¹³ y el positivismo académico rendía su homenaje a través de uno de sus más firmes representantes, Carlos Octavio Bunge, dedicando un texto de lectura para los colegios titulado *Nuestra Patria*, mientras la figura mayor de esa tendencia, José Ingenieros, consagraba el lugar común del “crisol de razas” al analizarlo escrupulosamente en su *Sociología argentina* a lo largo de los capítulos dedicados a “La nueva nacionalidad” y a “La argentinidad”.¹⁴

Joaquín V. González —a su vez— coincidía con los mismos planteos en su *Política espiritual*, recopilación de 1909: “Una Patria del futuro —proclamaba convirtiendo el optimismo retórico en un optimismo ingenuo— vivirá sin divisiones, sin diferencias, sin rivalidades, sin rencores, sin envidias, sin tiranos, sin siervos, sin preferidos, sin menospreciados, porque todos serán gajos del mismo olivo, brazos del mismo raudal”.

Todo se convertiría en una “Patria dulce y propicia como árbol de vasta sombra en el desierto”, donde irían “los viajeros a buscar frescura y reposo”; una “Patria amable, protectora y justiciera donde el peregrino de la vida sienta deseos de permanecer y plantar una tienda y un árbol”... El tópico optimista e integrador se había generalizado. Y las principales figuras de la generación del 90 entraron en esa puja por ratificar lo que sentían natural corolario de las festividades oficiales: el primero, Lugones, en sus *Odas seculares* de horaciana visión integradora (“Pasa por el camino el ruso Elías / con su gabán eslavo y con sus botas. / Manso vecino que fielmente guarda / su sábado y sus raras ceremonias / con sencillez sumisa que respetan / porque es trabajador y a nadie estorba...”) y su *Prometeo* (“... he creído que la celebración del Centenario era momento propicio para formular un ideal generoso”). Allí, al dejarse llevar por su euforia grandilocuente, intenta vincular lo argentino con lo griego, actitud que prolongándose a través de *El ejército de la Ilíada* (1915) y *El Payador* (1916), llega hasta los *Estudios helénicos* del 24.

Dentro de este panorama general de optimismo e integración, se debe ubicar a *Los gauchos judíos*: en esta colección de estampas de Alberto Gerchunoff todo es coherente y deliberado, desde los dos elementos del título y la oportunidad de su aparición hasta la presentación fechada en “Buenos Aires, año del primer Centenario Argentino”, que se cierra con un verso del Himno Nacional.

Aún más: uno de los primeros lectores del libro, Martíniano Leguizamón, autor de una carta que posteriormente ha servido de prólogo, señaló la doble intención de Gerchunoff tan evidente como reiterada: por un lado, el “alto sentimiento de gratitud y amor hacia la tierra generosa que entrega al colono sus frutos de oro”¹⁵ y, por otro, el “crisol de amor que está modelando el tipo nuevo, varonil y hermoso del gaucho judío”. Y los dos componentes: paz (“despiertan en su espíritu el recuerdo de los bíblicos campesinos que apacentaban los mansos ganados en la paz de las praderas”) e integración (las judías jóvenes “se hacen perdonar la volubilidad con que olvidan el severo precepto que les veda amar a los que

no son de su raza, entregando las ternuras de su corazón al gauchito" y los jóvenes judíos "abandonan los hábitos tradicionales adoptando los trajes y usos de la comarca y adquieren como por lenta infiltración del medio ambiente" un nuevo sentido de la libertad) terminan por convertirse en constantes que temática y formalmente se ven corroboradas a lo largo de la obra.

A partir de que América y la Argentina se contraponen a Europa y a la Rusia de los zares en tanto "las noticias de América llenaban de fantasía el alma de los judíos", el aquí se convierte en la liberación y el fin de los padecimientos y persecuciones. La contraparte de la "sórdida ciudad de Tulchín" es la provincia de Entre Ríos donde "trabajaremos nuestra tierra, cuidaremos nuestro ganado y comeremos nuestro pan", como profetiza uno de los personajes. Allá era Vilna, allá sólo se ganaba "un par de rublos al mes". "Aquí, ¡Moisés tiene campo, trigo y ganado!" Ésta es la tierra prometida: Hirsch "ha prometido salvarnos", clama uno de los judíos inmigrantes mientras se recuerda que cuando el Dain describía "un porvenir magnífico para el pueblo perseguido, su voz emocionada vibraba como en el templo al hablar de la Tierra Prometida." América y la Argentina se asimilan así a una nueva Sión donde el "cristianismo no nos odiará", "donde reina la alegría y la paz" y se olvidan las ciudades sombrías y donde se vuelve "a trabajar la tierra" bajo un "cielo benévolo". Aquí hasta las reglas aparentemente más rígidas se modifican, pues el viejo "ya no es prestamista ni mártir, como en la Rusia del zar", "donde las leyes excepcionales se multiplicaban". Lo antitradicional de América es la naturaleza y la dignidad. El aquí es un retorno al judaísmo primitivo de labriegos y pastores. Allá es lo que ha quedado atrás, lo que se debe olvidar y lo que paulatinamente se va reduciendo a un punto de referencia de donde sólo llegan "noticias desoladoras". Es el luto y lo sombrío, "la miseria del pueblo natal", antítesis del sol americano que constantemente ilumina imágenes rurales de beatitud bucólica, bajo un "cielo inundado de luz",

"protector y suave" o "bien azul" poblado de nubes incomparables, de donde cae "una luz fuerte" y nítida que no sólo recorta duramente las sombras de las parvas y de los árboles y los perfiles judaicos, sino que penetra bajo la piel y "fermenta la sangre". Si la Rusia de los zares es un recuerdo destemplado y humillante que todos recuerdan como espectadores de sus propias vidas, aquí se vive y se actúa en presente, cálidamente.

Pero, al repetirse, el sol aplanar el paisaje y el nuevo mundo entrerriano resulta liso como una playa, neto y organizado: se ordeña, llueve o se ara y después se duerme la siesta dejándose anegar en una "paz religiosa" o se renuevan las "monótonas tareas de la colonia". Cada acto es un compartimento, cada acto requiere su rito y su pausa. Y todos los elementos contribuyen a dar una sensación general de estática placidez: "el arroyo canta" o "entona su melodía georgica" o "se extiende como un hilo gris" o "como un tajo blanco" y las reiteradas descripciones coinciden en un ambiente compacto y casi palpable, atestado de objetos pesados y nítidamente separados sobre los que sopla un viento próximo y suave con algo de aliento o de jadeo animal.

Es así como el universo de Gerchunoff no se insinúa, sino que se impone y se reitera pretendiendo ser exhaustivo. Él siente la necesidad de describirlo, toqueteándolo y exhibiendo su posesión. Ese aire pesa y las tardes pesan y el tiempo se siente sobre la tierra y sobre los hombros. Hasta los colores toman distancia respecto de las cosas convirtiéndose en objetos autónomos: las margaritas o los cardos no están teñidos por un color determinado, sino que portan ese color, lo sustentan, son objetos que llevan encima otro objeto que es el color. Y el mundo de *Los gauchos judíos* resulta de esa manera un universo lleno dentro del cual la sensación de paz no es la de un desierto, sino la de multitud de cosas diferentes que duermen o actúan en orden: nada se excluye ni nada se identifica; al contrario, todo se individualiza y se integra. Porque aun los objetos huecos están colmados de un líquido



Figura 1. "ya no es prestamista ni mártir como en la Rusia del zar"

o de una serie de otros objetos ("carros atestados de mujeres y hombres"; vasos, baldes o recipientes llenos o rebosantes de agua o leche; cielos poblados de estrellas, "margaritas en denso plantío, blanquean los huecos de la arboleda", espacios cuajados de animales o ruidos).

También la sensación física de relajación que se vincula a la paz juega esa imagen: un cuerpo vacío que se siente "inundado de honda beatitud", algo tenso que es bañado por una sustancia densa y aceitosa y "los nervios se aflojan" y el mundo se pacifica. Es que en el mundo judío-americano de Gerchunoff, hasta el sol —pacífico— "baña" arbustos y chozas. Los olores, sobre todo los de la naturaleza, identificados y corporizados, hacen pensar en perfumes o aromas rituales que inundan el espacio ("De la tierra subía un olor de humedad"; "Lleno de estrellas el cielo y de olor la atmósfera, saturada de trébol y de heno"; "Los árboles, cubiertos de flores, saturaban de aroma el ambiente"). Toda la naturaleza adquiere así algo de *templo*: calmo, suntuoso, sacro, oloroso y colmado, tibio o cálido, pero nunca destemplado. Y *pausado*, porque para Gerchunoff la paz además de religiosa es lenta: los animales descansan o "rumian y mueven sus cabezas pensativamente" o, bien, con melancolía, pastorean mordiendo "las hierbas diminutas", mientras "una víbora se desespera al sol" y las yuntas permanecen atadas e inmóviles. Lentitud sobre todo en las yuntas de bueyes de "tranquilo galope", "enormes como montañas y mansos como criaturas" o "dóciles" y "resignados", "de tranco tardo" y de "ritmo tranquilo". Lo religioso y lo pausado se asimilan, por lo tanto, y a la pesadez de los animales necesariamente se le agrega su bondad: si los rebaños son "dulces", la vaca es "buena como un pedazo de pan".

Y si la paz de los animales tiene ese ritmo pausado y sedentario, las actitudes de los hombres no son nada más que su complementación: mientras "la abuela estaba sentada en el umbral", "alineados en dos bancos de madera, los viejos permanecían en silencio formando un friso místico". Las figuras humanas de Gerchunoff poseen esa calma y ese hieratismo y actúan "serenos y graves", con "un aire oriental y sacerdotal". Pausa y religiosidad se repiten y las figuras "enhiestas y pálidas" —como los objetos duramente iluminados— también se recortan con nitidez sobre una atmósfera transparente. "Mesurados, solemnes y corteses", sus maneras cargadas de religiosa dignidad les sirven hasta para agradecer un mate. A los viejos "sus grandes barbas" les subrayan esa solemnidad pesada y las mujeres, "serenas, cadenciosas o inmóviles", solamente ponen en evidencia sus "firmes relieves".

Correlativamente, la lentitud en los movimientos es sinónimo de pensamiento hondo. Y si se piensa con ese ritmo, también se reza así y se recuerda de ese modo, y los negocios y las lamentaciones poseen ese "tempo" y hasta se llora o se saluda de manera semejante. Todos los actos tienen esa pausa: antes era el meneo de la cola de los animales o el tintineo del cencerro, ahora es el desarrollo de "los detenidos razonamientos", las "laboriosas conciliaciones", los ritos y rezos o los escuetos diálogos. O, bien, al aceitar una máquina o al afinar las cuerdas de una guitarra "con lenta minuciosidad y tras prolijos ensayos". O al alisarse "lentamente la hermosa barba", al respuntar una tela o cuando los viejos disertan "con argucia de talmudistas" vaciando "su sabiduría en la palabra curvilínea, lenta, grave, sazónada de malicia". Para afilar una daga o rezar se tarda lo mismo. Todos los actos tienen ese sabor religioso que ya se advierte en los olores de la naturaleza: esa sabrosa lentitud de las consagraciones, como "sobar y sobar las correas de las filacterias" o mover "el busto al compás de las frases rítmicas de los versículos". Estilo ritual que se prolonga al simple trabajo de liar "un rulo de tabaco en un trozo de papel" o al más prosaico de "hurgar" "lentamente, pacientemente" "con los dedos el pelo de una chica".

Y ese estilo pausado exige el *medio tono*: se tararea, se murmura a cada momento, se habla como sólo se habla en los templos con un "tono despacioso y grave" y se "masculla entre cuchicheos" o todo se diluye entre "quedados murmullos" y palabras seleccionadas. Nada hay fuera de ese tono mesurado y pacífico: ni las risas que son "contenidas".

América, sol, solidez, lentitud, ritualismo. Objetos y seres bien iluminados y nítidamente recortados, actos categóricos y reflexionados y palabras pausadas e inconfundibles. Todo el pacífico mundo de Gerchunoff está poblado de cosas sólidas y definitivamente asentadas: "el pesado rebenque", "la multitud espesa", "el pesado vuelo de la langosta", "las lágrimas gruesas como gotas de lluvia", "la leche que cae en el balde con una música suave". Todo ese universo tiene algo de "naturaleza muerta" tanto por la exactitud y fidelidad de su trazado como

por su predilección por los objetos. Es que, en realidad, todo termina por convertirse en un objeto en el mundo de Gerchunoff. Y la pausada rotundidad de su estilo permite advertir las variantes de un tratamiento que termina por convertirse en un procedimiento previsible, casi en un verdadero mecanismo: lo más común, es el simple objeto convenientemente valorado ("el tajamar elevaba su masa compacta y negra"), al que su volumen y perfil le dan autonomía, con algo de animal torpe y agazapado al principio ("la casa del matarife está en silencio"), pero que insinúa la posibilidad de que se anime (de que la casa empiece a hablar). El segundo paso es un proceso inverso que sirve para vincular lo animado a lo inanimado ("la vaca inmóvil"), como si los seres vivos a través del sueño (de los "balidos soñolientos") o de la quietud ("la vaca rosilla, atada junto al corral") se pudiesen convertir en objetos ("aquel bravo mocetón, áspero como un tala"). Alternativa que nos lleva a la tercera etapa, en que la posibilidad se concreta y es una mujer la que nos recuerda una cosa y su cuerpo a un objeto ("Las caderas... en la forma de una ánfora de rudo barro"). La actitud de escultor que caracteriza el ademán estatuario de Gerchunoff ("Parecían formar un friso místico de apóstoles"; "Eran ocho vecinos. Avanzaban por el camino con paso lento, en filas de dos") que toca y sopesa reconociendo la densidad de las cosas y sus contornos precisos y sus volúmenes asentados, lo vincula —por lo tanto— a la posesión de una serie de objetos perennes.

Y como el mundo de los objetos es sedentario, no admite ningún sobresalto. Lo irreductible de las cosas también ratifica la necesidad de paz de Gerchunoff. Y donde las cosas son perennes e iguales a sí mismas, el tiempo no modifica ni destruye, apenas si fluye. No hay culminaciones ni sorpresas en un lugar donde los hombres se parecen a los antiguos viejos que alguna vez vivieron y donde los ritos determinan que todo se repita en una imitación de actos inmodificables: si la "elocuencia es habitual" y en cada objeto (en una "daga memorable") o en cada acto permanece la historia y el recuerdo, la paz desafía mansamente a la destrucción. Repetición y consagración se alían hasta en las comidas, en "el tradicional y venerable pescado relleno" o cuando se ara en "un acto augural y solemne". La historia vista así es acumulación y garantía, y la paz obtenida en la americana Entre Ríos una revancha contra las innumerables migraciones y contra las persistentes destrucciones de Europa.

La paz, pues, reside en todos los objetos de la naturaleza otorgándoles una dignidad semejante. Y la visión de Gerchunoff, que valoriza por igual un perfil anciano como una lechuga posada en un árbol, las caderas de una mujer joven o la tibieza que se deposita sobre la tierra, se corresponde con la del doctor Yarcho —indudable *alter ego* de Gerchunoff o, mejor aún, su ideal de hombre— quien precisamente vive de acuerdo a esa armónica visión del mundo: "Aquí, en las mañanas, en mi jardín, con mi libro en las rodillas", bajo el paraíso en que se posa la calandria (yo me tuteo con las calandrias), paso horas, si los enfermos lo permiten, que no conocen los profesores de la



"imágenes de beatitud rural"

capital. ¿No le entretienen las abejas?" Afirmación e interrogación que responden a una perspectiva de clara estirpe espinociana: el hombre sólo alcanza la plenitud de su personalidad y de su perfección en la medida en que Dios piensa en él y en cuanto tiene clara conciencia de la comunión de su alma con la totalidad de la naturaleza. La contemplación de lo infinito le otorga su autonomía y su equilibrio. Actitud que le permite llegar a conocer el encadenamiento causal de todas las cosas en el seno de lo infinito. Integración, omniconcepción y jerarquía, porque la moralización del hombre espinociano consiste fundamentalmente en que llegue a ocupar el puesto que por su misma naturaleza le corresponde dentro del orden de lo existente.¹⁶

Ésta es la paz de *Los gauchos judíos*. Pero de una visión pacífica e integrada del hombre con la naturaleza se sigue necesariamente una paz e integración entre hombre y hombre, entre raza y raza: el doctor Yarcho, viejo judío, participa por igual del árbol, del libro o de las abejas. Paralelamente el cura de Concordia le regala jerez. Y la paz entre las razas también se va logrando en virtud de una armonización de las diferencias ("No ve, ¡todo un gaucho! Bombachas, cinturón, cuchillo y hasta esas cositas de plomo para matar perdices; en cambio, en la sinagoga, permanece mudo y no sabe rezar.") El olvido de las diferencias más evidentes es el primer paso en el logro de una integración. La asimilación racial —pues— parece ser la contraparte de la paz americana: "En Rusia se vive mal, pero se teme a Dios; y se vive de acuerdo con su ley. Aquí los jóvenes se vuelven unos gauchos." Pero como los viejos judíos naturalmente parecen Apóstoles y un gran judío es un "gran gaucho", en los fogones las razas se juntan sin violencia, mezclando sus tradiciones orales y sus canciones ("el colono entonó una melodía de su repertorio, formado por canciones rusas, motivos judíos, vidalitas y estilos"), sus supersticiones ("Pero si el gaucho dice tales cosas del pájaro, bien pudiera ser..."), su atuendo ("sus bombachas de brin y sus boleadoras"), sus saluciones ("Jacobó gritó al estilo comarcano, sin atribuir importancia a tales palabras en boca de un judío:—¡ Ave María!"), sus literaturas ("Aquel judío, flaco y amarillo como una llama, sentía la poesía criolla del valor en la misma forma que se exaltaba al relatar, ante el auditorio acostumbrado, algún episodio de la Biblia"), sus historias ("Tal vez por eso el matarife de Rasch Pina me acusa de herejía, pues admiro tanto a los gauchos como a los hebreos de la antigüedad") y sus rostros y costumbres ("Gaucha parecía también la silueta del judío de grandes barbas, extensa melena, nariz gibosa y alta frente, vestido de bombachas como los nativos del suelo").

Pero esta indudable y reiterada voluntad de integración de raíz espinociana, que va tiñendo todas las narraciones de *Los gauchos judíos*, no es una simple declaración literaria. Responde a una constante en la vida de Gerchunoff, cuya primera formulación aparece en su artículo *Los judíos* publicado en el diario *La Nación*: "Los israelitas no necesitan volver a Sión" —afirmaba, postulando a renglón seguido—: "Deben olvidar su sueño secular y venir a América", porque aquí "puede realizarse la profecía de fraternidad universal gritada por Isaías en ásperos versículos de ira y de fe". En la Argentina se tiene que producir "la inevitable fusión de razas y esfuerzos, la mezcla del torturado rostro de Jacob con el robusto nativo, el fino perfil de la hebrea con el varón cosmopolita". "Todo ello es ley fatal", decía categóricamente en 1906. Años después —en 1912— se mantenía en idéntica actitud: "Palestina atraerá a las gentes devotas, a los verdaderos judíos de religión, que son una minoría imperceptible. Los demás seremos del país en que se desenvuelve nuestra vida."¹⁷ Y concluía: "A eso debemos aspirar y el mejor modo de hacerlo es confundirse con el espíritu del país escogido."¹⁸ Actitud —por otra parte— ratificada significativamente en *Los amores de Baruj Spinoza*, donde el filósofo de la *Ética* se transforma en un vocero cómodo y prestigioso, sobre todo cuando proclama: "Amiga mía, soy judío y soy cristiano. Desde que me eres conocida, conozco a Jesús y desde que quiero conocerte más, más conozco las palabras supremas que lanzaban los servidores de Jehová sobre los corazones menesterosos. Sí; me proclamo judío con alegre jactancia y con austera tenacidad."

Todo esto es teoría, sí, sin duda. Profunda ambición de una integración y de una asimilación. También. Pero es que hasta en el vocabulario de *Los gauchos judíos* se advierte esa misma voluntad: la selección de palabras de tono arcaizante ("rabi", "mesar", "coyundas", "comarcano", "magro", "jamelgo") y cierta manera tan deliberada como evidente de adjetivar ("controversias memorables", "coyundas ignominiosas", "mujeres augustas", "bronceado arremango" de la nariz, "cabra discreta", "daga memorable", "crenchas tenebrosas", "viajeros lamenta-



"integración entre hombre y hombre, raza y raza"

bles", "razonamientos salomónicos", "bueyes bíblicos", "duelos incontables", "añejo repertorio", "iniciales frondosas", "lengua remota") aparte del rebuscamiento aristocratizante que lo vincula al modernismo,¹⁹ le otorgan un aire de dominio del idioma por su conocimiento erudito y por su manejo diestro. Y si a esto se suma la constante alusión a la tradición judeo-española y a la época feliz en que los judíos "vivían tranquilos al amparo de los reyes de Castilla", y más aún la transcripción de textos aljamiados, se tiene la sensación de asistir al esfuerzo por lograr un renacimiento de la coexistencia judía y española en América. Y qué decir del explícito paralelo entre las cervantinas bodas de Camacho con un opíparo casamiento entre judíos de Entre Ríos, donde esa voluntad resulta obvia.²⁰

Sin duda que este esfuerzo individual por obtener una integración racial, cultural e idiomática, se debe sumar a una voluntad generalizada alrededor del 1910 por lograr un arte nacional basado en "asuntos de la tierra" como reacción frente a las "imitaciones exóticas sin sentimiento ni originalidad" del modernismo, como declara el prologuista Martiniano Leguizamón. Y en Gerchunoff es indiscutible el empeño por dar "un salvable ejemplo a los nativos que por temor o pereza desdennan" esa línea.

Es así, entonces, como *Los gauchos judíos* por su estilo arcaizante y por su orientación nacional se vincula a otro libro de narraciones que unos años antes, en 1905, había participado de esas dos características pugnando por resultar ejemplar: *La guerra gaucha* de Lugones. Y si a esos dos elementos les sumamos su afán de epicidad y de glorificación de un grupo social o de una comunidad, tenemos una ratificación más en lo que a la ubicación histórica se señaló al principio.

Porque, precisamente, la circunstancia histórica del Centenario avivó la constante que postulaba un arte nacional. Al fin de cuentas, no era sino una manera más de exhibir el craso optimismo en que chapoteaba el país oficial. Dentro de la poesía, Manuel Gálvez, al publicar en 1909 *Sendero de humildad*, coincide con lo expresado por Martiniano Leguizamón: si por un lado intenta una reacción "contra el decadentismo" y "el parisienismo dominante", por otro pugna por representar "una orientación argentinista" al evocar "nuestras ciudades de provincia, las plazas, las casas viejas, los pequeños puertos, las montañas" y al hablar de los "indios, de sencillas gentes del interior del país", empleando "un lenguaje claro y nuestro, con palabras y modismos nuestros".

Pero esta "primera reacción contra el decadentismo"²¹ no era una aparición aislada o de simple realización, sino que venía acompañada por una serie de formulaciones teóricas: el mismo Gálvez es quien en *El diario de Gabriel Quiroga*,²² en función de su explícito idealismo barresiano y al margen del "diletantismo" a la moda, egotista y pretendidamente lúcido, inaugura

sus planteos de nacionalismo espiritualista con un claro sentido de la oportunidad histórica ("en estos momentos del Centenario patrio, cuando toda contribución al estudio de nuestra psicología social cobrará la importancia de una notoria oportunidad").²³ "El antiguo espíritu nacional" lo preocupa, y sus formulaciones de base espiritualista y nacionalista son ampliadas por un intento de restauración: *El solar de la raza*, 1913. Restauración que responde a una actitud generalizada entre las figuras más representativas de la generación del 900, pues aludiendo a Lugones y a Ricardo Rojas, escribe Gálvez: "Convencido de la urgencia de propagar en nuestro país ideas y sentimientos idealistas, he creído que, así como algunos escritores habían utilizado para ello los mitos griegos y nuestra antigua idiosincrasia, sería no menos eficaz hacer revivir en el lector las sensaciones de espiritualismo que nos producen ciertas ciudades seculares." Y siguiendo muy cerca a Barrés propicia el ejemplo de una España ideal.

Lugones, efectivamente había propuesto algo muy semejante en *Prometeo* (1910) respecto de la Hélade y de "los mitos griegos" y Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*, 1909 (que significativamente hubo de llamarse *La restauración idealista*) y en *Blasón de Plata*, 1910, hizo lo propio con el primitivo mundo americano y con "nuestra antigua idiosincrasia".

Incluso Enrique Larreta, con *La gloria de don Ramiro*, 1908, ensayó una continuidad semejante a través de las aventuras de su personaje que, iniciadas en la ciudad de Santa Teresa, concluyen en la Lima de Santa Rosa.

Pero lo que nos interesa: todas esas postulaciones nacionalistas cargaban potencialmente con un elemento peligroso: la xenofobia. Porque por un Rojas que rechazaba las derivaciones deformadas de su pensamiento²⁴ ["...el nombre de *Restauración nacionalista*, que no corresponde estrictamente al contenido de la obra y que habría de atraerme, como me atrajo (¡oh, bien lo sabía de antemano!), todo género de arbitrarios ataques. Lo menos que algunos pensaron fue que yo preconizaba la restauración de las costumbres gauchescas, la expulsión de todos los inmigrantes, el adoctrinamiento de la niñez en una patriotería litúrgica y en una absurda xenofobia. Después se ha visto que tal cosa está en oposición a mi pensamiento"], el Lugones insinuado en 1910 se fue desarrollando hasta llegar al agresivo fascismo de 1930. En cuanto al Manuel Gálvez inicial, ya era suficientemente explícito: "Sus antepasados le transmitieron, sin saberlo, ese tan criollo rencor atávico al extranjero", decía en el prólogo de *El diario de Gabriel Quiroga* a todas luces autobiográfico.

Pero aun cuando esas declaraciones no trascendían el plano de la xenofobia literaria, en los hechos existía otra muy real e indudable contraparte de aquélla: testigos presenciales como Enrique Dickmann²⁵ dan fe de la violencia desatada en el último periodo del gobierno de Figueroa Alcorta. La xenofobia se justificaba con una defensa de la república o se explicaba mezclándola con las represiones obreras. Los directores del país "desplegaron en la ocasión una xenofobia inesperada", dice Ernesto Palacio sin advertir que esa reacción lo menos que tenía era de "inesperada". Al fin de cuentas no era otra cosa que la culminación del malestar provocado por el proceso migratorio abierto entre 1870 y 80.

El pasaje desde las reacciones frente a la inmigración justificadas por razones simplemente estéticas o culturales a los justificativos sociales, se advierte con toda nitidez en una figura cronológicamente encabalgada entre el 80 y el 900: Joaquín V. González, que era optimista pero sabía cuáles eran los intereses de su grupo; apuntaba en *El juicio del siglo* (1910): "La irrupción informe y turbia de todo género de ideas, utopías y credos filosóficos, económicos y políticos no sólo tienden a destruir y borrar los últimos vestigios de la educación tradicional hispanoargentina, sino que llenando los vacíos de ésta, se han infiltrado en la conciencia de la multitud de las grandes ciudades." La "irrupción" era la inmigración y el liberalismo al que estaba adscripto Joaquín V. González, que inicialmente la había propiciado.²⁶ En materia de educación González había sido un innovador precisamente frente a lo "tradicional" e "hispanoargentino". De la misma manera que lo más lúcido del liberalismo vinculado al general Roca. Pero ahora llegaba a contraponer lo tradicional a lo ciudadano, tomando partido por lo primero e invirtiendo implícitamente la dicotomía de Sarmiento. La marcha de la historia no se detenía en el límite de sus proyectos, sino que los rebasaba. Y ése era el momento en que un hombre liberal y progresista —y con él todo su grupo— se volvía contra la corriente ideológica a la que pertenecía, y lo que es más grave, contra el resultado último de sus propios proyectos. Es decir, con su actitud señalaba las limitaciones de su clase y los límites de la conciencia liberal.

Otro espíritu ilustrado, pero de la generación del 900, Emilio Becher, incurre en reacciones similares: aferrándose a un tipo de españolismo en el que no creía ni practicaba por su adhesión al modernismo rubendariano, llega a calificar de "influencias hostiles" a elementos que derivaban del pensamiento europeo. Sin duda que Becher nunca advirtió que la ironía de Anatole France, a la que él sí celebraba, era, al fin de cuentas, algo tan alejado del españolismo, como la "influencia" de Marx a la que parece aludir. Y desde ese mismo erróneo punto de vista distingue el bien aportado por M. Jacques a la cultura americana mientras desdeña el de los "campesinos advenedizos", que le resultan "sudras pacientes y laboriosos" que "no han intervenido sino de modo muy indirecto en el trabajo del espíritu".²⁷ Por cierto que el dilecto amigo de Rojas y seguidor de alguna de sus ideas sobre política cultural, no llega a hablar de su "rencor atávico al extranjero" como Gálvez, aunque sí lamenta "nuestra exagerada xenofilia" enfrentando polémicamente "el grupo nacional contra las invasiones disolventes". No deja de ser curioso: el tono delicuescente y como desganado de los escritores esotéricos se crispa con violencia cuando se trata de acusar a los hombres nuevos que avanzan con una ideología de repuesto. El cosmopolitismo es desdeñado así por Becher por su "aspecto de filosofía humanitaria": a él todo eso le parece "utopía", "peligroso error", "invasión". Y para que no haya duda sobre cómo se ve a sí mismo y al proletariado de origen inmigrante, establece un paralelo entre "el grupo nacional" argentino y los romanos del siglo VI frente a las invasiones bárbaras. La indudable reminiscencia del Barrés de *Sous l'oeil des barbares* daba para todo: para la Grecia ideal y heroica de Lugones o para la simétrica España de Gálvez. Por cierto que, después de esto, vendrían la *Defensa de Occidente* de Massis y el romanismo de los fascistas argentinos de 1930.

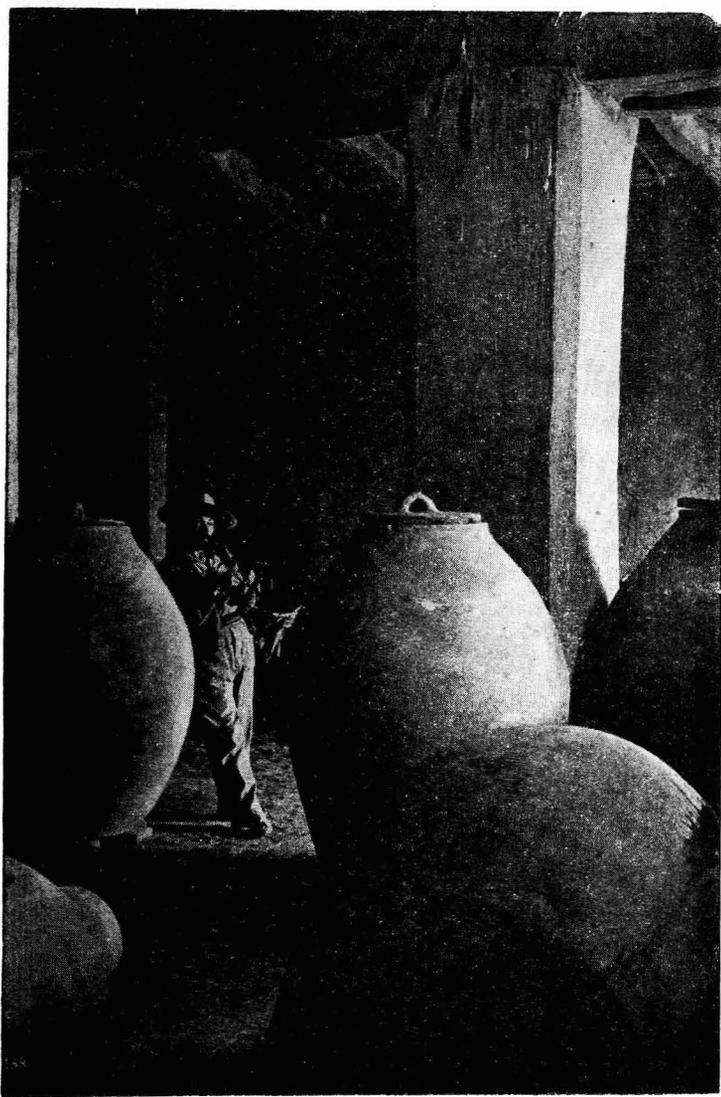
Menos mal que frente a todo este panorama de reacción ideológica —primeros síntomas americanos de "el gran miedo"— uno de los recién llegados comenta: "Recrudece, de un tiempo a esta parte, una propaganda insidiosa, mala, pérfida y solapada contra todo lo que no es nativo, indígena, estrechamente nacional".²⁸

Sin embargo, en los años del Centenario no todos los escritores se adhirieron a esa reacción y mucho menos al coro optimista que parecía prevalecer: en el plano más amplio, Manuel Ugarte, en *El porvenir de América Latina* (1911), denuncia por superficial e inoperante el optimismo con que se regó copiosamente las festividades nacionales. Igualmente un periodista español, Aníbal Latino, señaló las fisuras en ese panorama exteriormente homogéneo: "Objeto de continuas alabanzas que les prodigan los políticos, los literatos, los artistas y los hombres de negocios de otros países que han obtenido o esperan obtener de la Argentina algún beneficio pecuniario para sí o para sus compatriotas, los argentinos se inclinan fácilmente al endiosamiento de sí mismos..."²⁹

Pero entre quienes denunciaron por igual las reacciones frente a la inmigración y la visión fácilmente optimista de la Argentina de 1910, el más explícito sin duda fue Roberto Giusti en su comentario a *La restauración nacionalista*. Allí después de impugnar los planteos programáticos de Rojas, de sugerir que además de monumentos en homenaje a Dante (que Rojas admite), a Garibaldi y Mazzini (que Rojas ataca), se alcen otros a Marx, Zola o Tolstoi, y de sostener "que la nacionalidad se salvara no con imposibles restauraciones", pregunta sin ambages: "¿Cree él [Rojas] que el gringo ha dejado de ser odiado o, cuando menos, despreciado, por los buenos criollos?" Y a renglón seguido, extremando su esfuerzo por situarse en un plano de absoluta sinceridad, parece acercarse familiarmente a Rojas y murmurar codeándolo: "Vamos, confíeselo Rojas: ¿no cree que todavía el gringo continúa siendo un precioso elemento de trabajo, pero en fin de cuentas un elemento que se puede explotar, aunque no apreciar?" Pero agrega con un tono de desabrido sarcasmo: "No son, no pueden ser argentinos los socialistas y los anarquistas — ha gritado en el Congreso alguna vez un buen criollo. ¿Se da cuenta Rojas del significado profundo de esta frase? Se quería decir con ella que los elementos de corrupción y desorden son aquí todos extranjeros." Las reacciones frente a la inmigración alrededor de 1910, de acuerdo al comentario de Giusti, han ido pasando desde sus iniciales motivaciones aparentemente estéticas o idealistas a través de las raciales y clasistas hasta llegar a las estrictamente políticas. Es decir: los antiguos señores, "los buenos criollos", en un primer momento impugnaron al inmigrante por ridículo, por beocio a continuación, por su sangre irremisiblemente degenerada más adelante, por su soberbia, con el tiempo y, finalmente, por sus designios y exigencias. Y de acuerdo a esto último, a continuación, en cuatro líneas explica Giusti el proceso de intranquilidad,

xenofobia y repliegue que se venía produciendo en la Argentina de 1910: "Incomoda a los criollos de pura cepa las nuevas ideas, incomoda la preponderancia que el elemento obrero, extranjero o de estirpe extranjera, pero ya argentino de alma, toma en la vida pública." El pasaje del enfrentamiento racial al clasista y ya político va siendo evidente: "Siempre ha sido mirada de muy malos ojos toda manifestación obrera, que significa extranjera." Y concluye Giusti nombrando claramente los hechos concretos que invalidaban en la realidad política las perspectivas literarias de optimismo e integración con que se atiborraba en ese mismo momento la Argentina oficial: "Los luctuosos sucesos del primero de mayo del año último no fueron otra cosa que una paliza más dada a los gringos..." y "Por poco no se declaró la nación en peligro y se predicó la guerra santa contra el extranjero"...³⁰

Todo esto en el plano de las contradicciones nacionales. Porque en el caso personal de Gerchunoff lo contradictorio se lo



"la pacífica Argentina del Himno"

señala en una carta Roberto J. Payró, fechada en Bruselas en julio de 1910. Allí le pregunta comentando *Los gauchos judíos* —y después de señalarle cierta exterioridad— "¿Dónde [está] el descontento de la autocracia rusa, que no se satisfizo con la pseudo-república sudamericana?"³¹ En otras palabras: ¿Qué le pasó al disconforme Gerchunoff, al anarquista, al futuro inspirador del rebelde Orloff de *El mal metafísico*? ¿Qué significa la pacífica Argentina del Himno frente a la violenta Argentina de los progroms porteños? ¿Qué posibilidad real de "integración de razas" hay cuando la lucha de clases se está librando en las calles de Buenos Aires? El reproche del escritor de izquierda al escritor de origen judío que se ha conformado con la apariencia de lo que ocurre en la Argentina es evidente. ¿Gerchunoff se ha enajenado a los discursos oficiales? ¿Acaso su adhesión a las fiestas oficiales debe ser interpretada como una alienación a la perspectiva de la alta burguesía liberal? ¿O ha cerrado los ojos? ¿Acaso se ha olvidado del final de su propio padre asesinado en Entre Ríos? O lo que es lo mismo: ¿la optimista visión del Gerchunoff de *Los gauchos judíos* en que paz e integración racial se conjugaban, era en 1910 algo más que una parcial expresión de deseos? No. No era nada más que eso.

¹ FRANCISCO ROMERO, *Sobre la filosofía en América*. Ed. Raigail, p. 25.

² ANÍBAL PONCE, "Para una historia de Ingenieros", en *Revista de Filosofía*, año XII, núm. 1, enero 1926, p. 36.

³ ERNESTO PALACIO, *Historia de la Argentina*. Ed. Alpe, 1954, p. 580.

⁴ JOSÉ FIGUEROA ALCORTA, *Discursos*. Ed. Rosso, 1933, p. 235.

⁵ *Op. cit.*, pp. 242, 265, 270 y 272. En el mismo sentido ver p. 251: "...el tributo de vigorosa energía impulsada en progresión creciente de todas las naciones del orbe"... Palabras del *Discurso* pronunciado el 25 de mayo de 1910 al poner la piedra fundamental del monumento a la Revolución de Mayo.

⁶ *Id.*, p. 258. *Discurso* pronunciado en la procesión cívica del 29 de mayo de 1910.

⁷ *Id.*, p. 264. *Discurso* pronunciado en el banquete del Comercio, 30 de junio de 1910.

⁸ *Id.*, p. 275. En la transmisión del mando al doctor Roque Sáenz Peña, 12 de octubre de 1910.

⁹ ROQUE SÁENZ PEÑA, *La reforma electoral*. Ed. Raigal, 1952. Mensaje al hacerse cargo del gobierno, p. 69.

¹⁰ BELISARIO ROLDÁN, *Discursos completos*. Ed. Sopena, p. 129.

¹¹ VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, *La Argentina y sus grandezas*, 1910. El mismo tema le sirvió para tres novelas: *Los argonautas*, 1914; *La tierra de todos*, 1922 y *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, 1916. Y proyectaba otra, no realizada, sobre Buenos Aires, cuyo título dice del ambiente en que se vivía: *La ciudad de la esperanza*.

¹² Véase revista *Renacimiento*, núm. 9, febrero de 1910, *La poesía argentina en el centenario de mayo*, pp. 186 y ss.

¹³ JUAN P. RAMOS, *Historia de la instrucción primaria en la República Argentina*, 1910.

¹⁴ Escribía Ingenieros en pleno optimismo integrador: "Hay elementos inequívocos de juicio para apreciar esta formación de una nueva sociedad argentina, rápidamente acentuada en los últimos diez años y destinada a producir más sensibles variaciones sociales en los veinte años próximos; pronto permitirá borrar el estigma de inferioridad étnica con que siempre se ha marcado en Europa a los sudamericanos, ignorando los diferentes resultados que el clima y la segunda inmigración blanca han determinado entre la zona templada y la zona tropical." "El ejército actual —agregaba— desde la implantación del servicio militar obligatorio, está compuesto por ciudadanos blancos"; "Ésa es la más firme expresión de la nueva nacionalidad argentina." Y concluía: "En la medida en que ella prospera [la nueva raza argentina producto de una integración], va creciendo el sentimiento colectivo de la nacionalidad: la constancia moral para las realizaciones de ideales comunes." Véase *Sociología argentina*. Ed. Losada, 1946, pp. 461 y ss.

¹⁵ *Los gauchos judíos*, p. 18. Ed. Sudamericana, 1950, edición que utilizo para mis citas.

¹⁶ PAUL SIWEK, *Spinoza et le panthéisme religieux*, 1930.

¹⁷ En revista *Vida nuestra*, junio de 1918.

¹⁸ LÁZARO LIACHO, "Gerchunoff judío", en *Davar*, número homenaje, pp. 71 y ss.

¹⁹ Como así también los finales espectaculares y sangrientos de *La lechuga* y *Las brujas*.

²⁰ Este tono arcaizante se difundió entre varios escritores argentinos de origen judío que participaban de la tendencia integracionista: ya sea en *Mester de judería* de Carlos Grünberg o en *Libro para la pausa del Sábado* o *Sabatión porteño* de César Tiempo. Más aún: la voluntad de asimilación se evidencia hasta en la transcripción al español del nombre Israel Zeitlin (César Tiempo) y en la búsqueda de un apellido español glorioso: Espinoza, Enrique (Samuel Glusberg).

²¹ Cf. MANUEL GÁLVEZ, *Sendero de humildad*. Ed. Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920. "Advertencia", pp. 5 y ss.

²² MANUEL GÁLVEZ, *El diario de Gabriel Quiroga*. Ed. Moen & Hno., 1910.

²³ *Id.*, p. 34: "Gabriel Quiroga es patriota porque ama el suelo de nuestra tierra cuyo paisaje siente intensamente, con emoción de patria y de arte. Gabriel Quiroga es patriota porque ha penetrado cariñosamente en el espíritu de las provincias y comprendido la acerba tristeza de las razas vencidas. Gabriel Quiroga es patriota porque, en las viejas ciudades y en las aldeas primitivas, ha aspirado el incienso venerable de la tradición colonial y estremecido hasta las raíces del alma con la honda poesía de las músicas nacionales."

²⁴ RICARDO ROJAS, *La restauración nacionalista*. 2ª ed., 1922. Prólogo.

²⁵ ENRIQUE DICKMANN, *Recuerdos de un militante socialista*. Ed. Claridad, pp. 148 y ss.

²⁶ Mitre, figura clave del pensamiento liberal, había dicho: "Yo quiero que el extranjero que venga a esta tierra, en vez de levantar la tienda provisional del peregrino, se siente en nuestro hogar al calor del fuego nativo, que nuestra patria sea su patria, porque encuentre aquí todos los derechos y garantías a que puede aspirar, que nuestros hijos y los hijos de los inmigrantes se identifiquen en un solo amor, para que nuestra raza se salve, para que nuestro estado social se mejore, para que nuestra nacionalidad no se debilite, para que el nombre y la bandera argentinos no sean un eco y una nube que se lleva el viento."

²⁷ EMILIO BECHER, *Diálogo de las sombras y otras páginas*. Ed. Facultad de Filosofía y Letras, 1938, pp. 219 y ss. La acusación que hace Becher a los inmigrantes de no haber participado en "el trabajo del espíritu" se vincula con la impugnación de Martel —muy generalizada por otra parte— al denunciar el desinterés que por la política sienten los recién llegados. Claro que, cuando esos mismos hombres recién llegados comenzaron a interesarse por la política o por los trabajos del espíritu, fueron acusados de disolventes sin advertir que era lógico que su interpretación de la política y de la cultura tenía que ser sencillamente opuesta o, cuando menos, diferente de la sustentada por la élite liberal.

²⁸ ENRIQUE DICKMANN, *Ideas e Ideales*. 2ª ed., 1920, Agencia General de Librería y Publicaciones.

²⁹ ANÍBAL LATINO, *Problemas y lecturas*. Madrid, 1912, p. 217.

³⁰ En la revista *Nosotros*, t. v, núm. 26, febrero de 1910, pp. 139-156.

³¹ *Davar*, núm. cit., p. 201.